

Algunos textos de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*

Uno de los elementos clave de las novelas bizantinas son las tormentas. Lee esta descripción de una de ellas:

La tormenta creció de manera que agotó la ciencia de los marineros, la solicitud del capitán y finalmente la esperanza de remedio en todos. Ya no se oían voces que mandaban hágase esto o aquello, sino gritos de plegarias y votos que se hacían y a los cielos se enviaban. Y llegó a tanto esta miseria y estrechez que Transila no se acordaba de Ladislao, Auristela de Periandro: que uno de los efectos poderosos de la muerte es borrar de la memoria todas las cosas de la vida y pues llega a hacer que no se sienta la pasión celosa, téngase por dicho que puede lo imposible. No había allí reloj de arena que distinguiese las horas, ni aguja que señalase el viento, ni buen tino que atinase el lugar donde estaban. Todo era confusión, todo era grita, todo suspiros y todo plegarias. Desmayó el capitán, abandonáronse los marineros, rindiéronse las humanas fuerzas, y poco a poco el desmayo llamó al silencio, que ocupó las voces de los más míseros que se quejaban.

Atrevióse el mar insolente a pasearse por cima de la cubierta del navío, y aun visitar las más altas gavías, las cuales también ellas, casi como en venganza de su agravio, besaron las arenas de su profundidad. Finalmente, al parecer del día —si puede llamarse día el que no trae consigo claridad alguna—, la nave se estuvo queda y estancó, sin moverse a parte alguna, que es uno de los peligros, fuera del de anegarse, que le puede suceder a un bajel; finalmente, combatida de un huracán furioso, como si la volvieran con algún artificio, puso la gavia mayor en la hondura de las aguas y la quilla descubrió los cielos, quedado hecha sepultura de cuantos en ella estaba.

Auristela (el nombre fingido de Sigismunda), la bellísima y virtuosa princesa protagonista de la novela, atraviesa un gran número de aventuras: naufragios, raptos, cautiverios, separaciones, encuentros...

—Escuche, que en cifra te diré mis males. El capitán y señor de este navío se llama Arnaldo; es hijo heredero del rey de Dinamarca, a cuyo poder vino, por diferentes y extraños acontecimientos, una principal doncella, a quien yo tuve por señora, a mi parecer de tanta hermosura que, entre las que hoy viven en el mundo, y entre aquellas que puede pintar en la imaginación el más agudo entendimiento, puede llevar la ventaja. Su discreción iguala a su belleza y, sus desdichas, a su discreción y a su hermosura; su nombre es Auristela; sus padres, de linaje de reyes y de riquísimo estado. Esta, pues, a quien todas estas alabanzas vienen cortas, se vio vendida y comprada de Arnaldo, y con tanto ahínco y con tanta veras la amó y la ama, que mil veces de esclava la quiso hacer su señora, admitiéndola por su legítima esposa, y esto con voluntad del rey, padre de Arnaldo, que juzgó que las raras virtudes y gentileza de Auristela mucho más que ser reina merecían; pero ella se defendía, diciendo no ser posible romper un voto que tenía hecho de guardar virginidad toda su vida, y que no pensaba quebrarle en ninguna manera, si bien la solicitasen promesas o la amenazasen muertes. Pero no por esto ha dejado Arnaldo de entretener sus esperanzas con dudosas imaginaciones, arrimándolas a la variación de los tiempos y a la mudable condición de las mujeres, hasta que sucedió que, andando mi señora Auristela por la ribera del mar, solazándose no como esclava, sino como reina, llegaron unos bajeles de corsarios y la robaron y llevaron no se sabe adónde.

En el libro segundo del *Persiles*, Auristela (Sigismunda) se encuentra en una contradictoria situación: la bella Sinforosa, enamorada de Periando (Persiles), le ha pedido que interceda en su favor para que él la acepte como esposa. Puesto que Auristela se hace pasar por la hermana de Periando, se ve dolorosamente convertida en casamentera de su propio amante. Aquí tienes la respuesta que da a Sinforosa, cuando esta le pregunta por el estado de la cuestión:

Mi hermano Periandro es agradecido como principal caballero, y es discreto como andante peregrino: que el ver mucho y el leer mucho aviva los ingenios de los hombres. Mis trabajos y los de mi hermano nos van leyendo en cuánto debemos estimar el sosiego, y pues que el que nos ofrece es tal, sin duda imagino que le habremos de admitir; pero hasta ahora no me ha respondido nada Periandor, ni sé de su voluntad cosa que pueda alentar tu esperanza ni desmayarla. Da, ¡oh bella Sinforosa! algún tiempo al tiempo, y déjanos considerar el bien de tus promesas porque, puestas en obra, sepamos estimarlas. Las obras que no se han de hacer más de una vez, si se yerran, no se pueden enmendar en la segunda, pues no la tienen, y el casamiento es una de estas acciones, y así, es menester que se considere bien antes que se haga puesto que los términos de esta consideración los doy por pasados, y hallo que tú alcanzarás tus deseos, y yo admitiré tus promesas y consejos.

La afirmación de Auristela: “El mucho ver y el leer mucho aviva los ingenios de los hombres” es una arraigada convicción de Cervantes. que encontramos en otros momentos de su obra. Por ejemplo, en *El licenciado Vidriera* (“Las luengas peregrinaciones hacen a los hombres discretos” o en *El coloquio de los perros* “El andar tierras y comunicar con diversas gentes hace a los hombres discretos”).